

# El sueño de la unidad

José Gordon

En un hermoso relato infantil, el escritor David Grossman narra la conversación de un niño con su madre que lo llevará a un descubrimiento conmovedor. La madre le dice que él es único y especial: “¡No hay otro como tú en el mundo entero!”. Cuando el niño pregunta qué quiere decir eso, se da cuenta de que si no hay nadie como él, entonces está irremediamente solo. La madre lo trata de consolar y le dice: “Estoy contigo”. El niño le responde: “Pero ¡tú no eres yo!”.

La madre le explica a su hijo que, sin negar las diferencias, se pueden integrar mediante el abrazo. Ambos se acercan y sienten que el mismo latido los vincula. El niño goza la unidad. La madre le dice que para eso exactamente se inventó el abrazo.

Con ese abrazo, con esa comunión, sueñan también el arte y la ciencia, con el deseo de entender, como decía el poeta Octavio Paz, si hay un nivel en donde podemos sentir que “adonde yo soy tú somos nosotros”. Esto quiere decir que más allá de la diversidad aparente a los sentidos se intuye una zona en donde todos estamos comunicados. Ese fue el sueño de Borges al hablar del Aleph, de un punto en donde convergen todos los puntos y espacios del universo. Ese también fue, mediante una expresión distinta, el sueño de Einstein, de descubrir un campo unificado de todas las fuerzas de la naturaleza.

El drama tanto en nuestras vidas, como en la literatura, como en la ciencia, es que cuando creemos tocar esa unidad se desvanece, parece tan sólo una ilusión en medio de la trágica fragmentación individual y colectiva. Sin embargo, a pesar de ser tan evasiva, la búsqueda de la unidad es persistente en los afanes humanos, pro-

sigue el desafiante reto de entender el inconcebible latido del universo.

Cuando el sueño de Einstein parece extinguirse, la ciencia propone teorías asombrosas para mantener vivo el deseo de marcos conceptuales que lo abarquen todo. Sabemos que estamos hechos del mismo polvo de estrellas, pero los científicos quieren saber si los átomos, las galaxias y todo lo que nos rodea tienen en su base un elemento común. Así, el físico Stephen Hawking habla de la Teoría del Todo y hoy en día se plantea que todas las partículas subatómicas están hechas de diminutas cuerdas con múltiples dimensiones que permiten ir más allá de Einstein en la búsqueda de la unidad. El problema es que, cuando ya pensamos que vamos por buen camino, surgen complicaciones: las hipótesis no se pueden probar experimentalmente e incluso la unidad se fragmenta. Aparecen varias teorías de cuerdas que nadie ordenó. Entonces viene otro visionario, como el físico Edward Witten, que intenta unificarlas.

A pesar de los huecos, de las grietas, de evidencias aún incompletas, de posturas polémicas y controvertidas, se desarrollan fabulosas correspondencias matemáticas que, efectivamente, muestran lo que las metáforas siempre han propuesto: que “esto” es “aquello”. Por ejemplo, el poeta Pablo Neruda escribe en “Oda a una estrella”:

Tomé la estrella de la noche fría  
y suavemente  
la eché sobre las aguas.  
Y no me sorprendió  
que se alejara  
como un pez insoluble  
moviendo

en la noche del río  
su cuerpo de diamante.

Así, una estrella equivale a un diamante. En ciencia, gracias a los reconocidos trabajos del físico Juan Maldacena, se plantea que un hoyo negro modelado con cuerdas minimalistas equivale a un metal superconductor. ¿Un hoyo negro es igual a un metal? ¿Cómo es posible esto?

La imagen que surge de estas teorías rebasa lo que nos dicta el sentido común. Las ideas que se debaten son tan novedosas y extrañas que son difíciles de metabolizar, de procesar. No obstante, estos conceptos tan distintos de lo que solemos pensar tienen el encanto de lo portentoso. Vale la pena exponerse a ellos. Ensanchan la mirada. Incluso de lo prácticamente invisible.

¿Cómo podemos imaginar las diminutas cuerdas de las que supuestamente estamos hechos? Estamos hablando de lo más pequeño de lo pequeño, el universo inconcebible de un mundo de cuerdas que, de acuerdo con el físico Stephen Hawking, se suponen curvadas en espacios que equivalen a una millonésima de millonésima de millonésima de millonésima de centímetro.

¿Podríamos llegar a un punto en donde se unifica todo lo que existe? ¿Ese punto podría ser una pequeña esfera vista desde cerca? En el cuento “El Aleph”, Borges soñó con un punto en donde se encuentran todas las caras del universo. ¿Si hacemos girar esa esfera tal vez podríamos asomarnos a las inconcebibles historias reveladas por la imaginación científica y literaria? En esas vueltas vertiginosas quizás podríamos sentir algo parecido a un abrazo en el que intuimos el latido de la unidad. **U**